

## La prostitución y el capitalismo

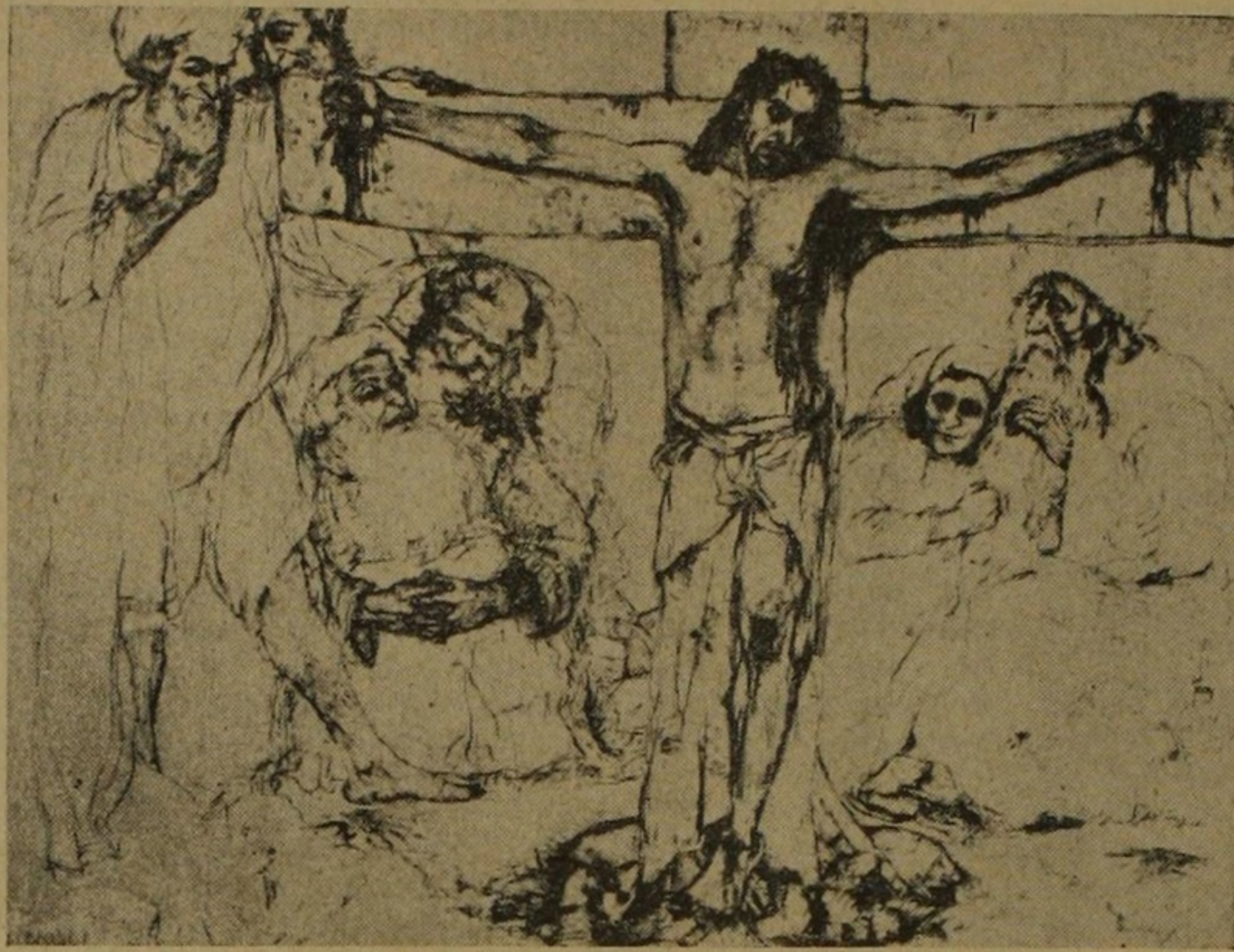
= De Nosotros. Madrid =

Una de las vergüenzas más horrorosas del sistema capitalista es la prostitución. Media parte de la humanidad, las mujeres, habla con desprecio y asco de este tráfico. La otra media, los hombres, se sonríe unas veces y se indigna otras, según las circunstancias. Tanto la actitud de las mujeres como la de los hombres son producto de la educación capitalista, llena de farsa y de corrupción.

Desde pequeñas se enseña a las niñas "honradas" a injuriar y a sentir repugnancia por las prostitutas. Se las llama "mujeres malas", "pendones", "mujeres de la vida", "mujeres alegres" y una serie de otras barbaridades. La prostituta nunca es ni mala, ni alegre, ni de la vida. La prostituta es, sencillamente, una muchacha seducida por el padre, el marido o el hermano de esas mujeres "honradas", y precipitada, por tanto, en el desprecio de la sociedad. Después de este accidente, el hombre desaparece y la muchacha, a quien ningún otro hombre acepta ya como esposa, a quien la familia expulsa de su seno, llenándola de injurias, huye de la sociedad y busca refugio en la prostitución.

**Reglas de la sociedad burguesa.**—Al hombre de la sociedad capitalista le conviene que la mujeres de su familia no entren en averiguaciones, no se enteren de la realidad y para esto cubren a las prostitutas con un denso velo de repugnancia y de maldad. Tan sólo pronunciar la palabra prostituta es pecado en la sociedad burguesa. Las mujeres "honradas" viven completamente alejadas, completamente ignorantes de lo que ocurre en los burdeles, que sus hijos y sus maridos frecuentan. Y si la esposa o la hija "honradas" se dejan seducir ilegalmente, ese mismo padre o marido que frecuenta los burdeles se yergue, lleno de dignidad, y arroja a la malvada de su casa. La arroja precisamente a la prostitución, al burdel.

Esto lo hacen los padres y los esposos "dignos" automáticamente, sin pensarlo. Lo hacen porque es costumbre, porque es regla. Y es costumbre, porque, de no ser así, podría rasgarse el velo que cubre a las prostitutas, podría establecerse alguna corriente de simpatía, de comprensión entre la mujer seducida y las "mujeres malas". Instintivamente, el hombre moral y digno siente que si perdona a la mujer caída, ésta comprenderá, poco a poco, la inocencia de las prostitutas y la inhumana brutalidad de los hombres "dignos".



Pariseos

(Grabado a la punta seca por Lorenzo Gigli)

**La prostituta es una proletaria.**—La mujer que vende su cuerpo no es mala. Lo vende por necesidad, porque necesita dinero para ella y los suyos. El malo, el infame es el hombre que se lo compra; el hombre que, en vez de socorrer a un semejante necesitado, aprovecha la miseria de éste para satisfacer sus vicios. Pero esto no lo condena la sociedad capitalista. No lo condena, ante todo, porque el hombre tiene dinero y la prostituta no lo tiene. Porque el hombre es el patrono y la prostituta, a su modo, la proletaria. Y la sociedad capitalista admite y protege todos los vicios de los patronos, de los que tienen dinero.

En la actual sociedad burguesa, la mujer no tiene derecho a disponer ni siquiera del dinero que hereda de sus padres. La mujer es considerada irresponsable e incapaz de manejar dinero. Por lo tanto, la mujer no es capitalista. Y como no es capitalista, apenas tiene derecho a vivir. Tiene que sujetarse rigurosamente a las severas leyes de la sociedad. Si es soltera, no importa que se enferme a consecuencia de su sexualidad contenida; si es casada y el marido es un invertido o un alcohólico o, simplemente, un animal, tiene que seguir a su lado toda la vida y no puede unirse a otro hombre, porque si lo hace así, la sociedad la pondrá de lado. Y en cuanto la sociedad la expulsa de su círculo, la mujer sólo puede cobijarse en la prostitución. La opresión capitalista es tan perfecta, que si una mujer que se ha rebelado contra sus leyes busca trabajo para emanciparse económicamente, no lo encuentra en ninguna parte. A la mujer rebelde no se le permite ganarse la vida de otro modo que entregando su cuerpo al placer de los hombres que la han expulsado de la sociedad. Esta es la regla del capitalismo.

En cambio, cuando la mujer dispone legalmente de su dinero, cuando la mujer es capitalista, como ocurre en algunos países anglosajones, la sociedad protege los libertinajes y los vicios femeninos. Una mujer millonaria que tiene una docena de amantes, es adulada y agasajada por la sociedad. Todo es cuestión de precio.

**Los esclavos del capitalismo.**—El capitalismo protege y fomenta la organización más brutal, más cruel y más repugnante que existe y que ha existido nunca: La trata de blancas. La compraventa de mujeres es mucho peor de lo que fué la compraventa de negros y de chinos. Y hay que tener

en cuenta que el capitalismo cristiano actual se vanagloria de haber suprimido la esclavitud. La esclavitud continúa existiendo, con la diferencia de que ahora, además de haber esclavos de raza de color, hay también esclavos blancos. El obrero, sobre todo el del campo, aunque aparentemente aparezca un ciudadano libre, sigue siendo esclavo del capitalista. No lo es porque se lo impongan con un palo, sino porque se lo imponen con el hambre. Mr. Ford, por ejemplo, que, según dice, es uno de los mejores patronos que existen, paga bastante bien a sus obreros, pero les prohíbe que tengan ideas políticas. El obrero en los talleres Ford que, usando de su ciudadanía, insista en afiliarse a un partido o, simplemente, en hablar de política, pierde su puesto y se muere de hambre.

**La trata de blancas.**—Pero, aparte de esa esclavitud un poco desfigurada, el capitalismo protege la esclavitud real, auténtica, de la trata de blancas. Esa esclavitud infernal, peor que todas las esclavitudes e incompatible con toda civilización y mucho menos con ese cristianismo de que tanto hablan los conservadores del capitalismo.

Es comprensible que una mujer necesitada sin ninguna aptitud para el trabajo, venda su cuerpo, y con su producto coman ella y su familia. Lo que es verdaderamente inaudito es que una mujer venda su cuerpo y que lo cobre otro; que existan numerosas organizaciones formadas por duques, banqueros, obispos, mujeres de alta sociedad, todos los cuales viven lujosamente del producto de la venta de los cuerpos de las muchachas que roban. Muchachas necesitadas, muchachas frívolas a quienes los agentes, de ambos sexos, de las organizaciones, han

(Pasa a la página 173.)